

GEOMETRÍA VARIABLE O SUMISIÓN

CHILE ANTE EL NUEVO (DES) ORDEN MUNDIAL

POR CÉSAR ZAMORANO QUITRAL

Abogado y académico

El Foro Económico Mundial de 2026 se reunió en los Alpes Suizos bajo el lema “Un espíritu de diálogo”. Más que una aspiración, la consigna pareció una ironía.

Porque su propio Informe sobre Riesgos Globales 2026 (disponible en <https://www.weforum.org/publications/global-risks-report-2026/>) identificó la “confrontación geoeconómica” como la principal amenaza global, reflejando una realidad de fragmentación, polarización y desconfianza que el diálogo es incapaz de sanar.

La cooperación internacional basada en reglas, que permitió prosperar a economías pequeñas y abiertas como la nuestra, se fracturó de manera irreversible. Ante esta ruptura estructural, la pregunta que resuena con urgencia para un país como Chile es tan directa como existencial: en este nuevo mundo desordenado ¿qué pronóstico y qué caminos se abren para una nación subdesarrollada y profundamente integrada en la economía global?

UN DIAGNÓSTICO COMPARTIDO: EL FIN DE UNA “FICCIÓN AGRADABLE”

Más allá de sus profundas diferencias, las principales potencias parecen compartir hoy un diagnóstico incómodo: el orden internacional que conocimos ha terminado. Comprender la profundidad de este hecho es el primer paso estratégico para cualquier nación que pretenda navegar la tormenta que se avecina.



El primer ministro canadiense Mark Carney, liberal, articuló el fin de ciclo con una honestidad brutal. En su discurso afirmó que el orden internacional basado en reglas era una ficción agradable. El núcleo de su tesis, anclado en la analogía del tendero de Havel, es que durante décadas los países participaron activamente en una mentira. Al igual que el tendero



que cuelga un letrero en el que no cree, las naciones asistían a rituales multilaterales que sabían falsos para señalar conformidad y evitar problemas. El sistema se sostenía no por su verdad, sino por la voluntad colectiva de actuar como si fuera verdadero.

LA NUEVA REALIDAD

El velo se descorrió y la ficción se desmoronó, porque las grandes potencias han comenzado a utilizar la integración económica como un arma. Las finanzas, los aranceles y las cadenas de suministro ya no son herramientas de cooperación, sino armas de coerción. Carney asume que “no se puede vivir dentro de la mentira del beneficio mutuo a través de la integración, cuando la integración se convierte en la fuente de tu subordinación”. Este cambio no es una evolución, sino una “ruptura, no una transición”, que obliga a todas las naciones a recalcular su posición en el mundo.

Aunque desde una perspectiva opuesta la visión estadounidense, presentada en el foro por el todopoderoso presidente Trump, parte de la misma premisa. Al calificar el sistema comercial internacional como injusto y denunciar que ha sido explotado por otros países, Washington también declara que el antiguo pacto global ya no le sirve. El diagnóstico, aunque con distintos culpables, es el mismo: el sistema está roto.

DOS CAMINOS DIVERGENTES PARA UN MUNDO ROTO

Si bien el reconocimiento de la fractura es un punto de partida común, las soluciones propuestas son radicalmente diferentes. En Davos se perfilan dos caminos antagónicos: confrontar la nueva realidad

o aferrarse a la nostalgia por un poder que ya no opera de la misma forma. Carney lo resumió con una frase tan simple como elocuente: la nostalgia no es una estrategia.

El núcleo del debate se centra en cómo responder a la fragmentación. Lejos de buscar una restauración del viejo orden, emergen dos modelos de inserción internacional que definirán las próximas décadas. Por un lado, una propuesta de colaboración horizontal y flexible con las potencias medianas e impulsada por Canadá; por otro, la reafirmación del poder hegemónico y transaccional.

LA VÍA CANADIENSE: SOBERANÍA COLABORATIVA Y “GEOMETRÍA VARIABLE”

La estrategia canadiense propone una geometría variable, que consiste en la formación de coaliciones flexibles y temáticas basadas en intereses convergentes. No se trata de crear nuevas instituciones permanentes, ya han demostrado sus límites: Venezuela, Nicaragua, Gaza, Ucrania y muchos ejemplos más; sino de actuar con pragmatismo, tema por tema, y da el ejemplo de crear un “club de compradores de minerales críticos”.

La tesis central de este enfoque es que, para las potencias medianas y los países más pequeños, la acción colectiva es la única alternativa a la subordinación. La advertencia fue lapidaria, directa y conocida: “si no estamos en la mesa, estamos en el menú.” Negociar de manera aislada con una potencia hegemónica es aceptar la sumisión; unirse en coaliciones es la única forma de tener poder de negociación real.



El modelo propuesto por el líder canadiense se autodefine como un realismo basado en valores. Combina el pragmatismo de fortalecerse internamente, mediante inversiones masivas en defensa, energía e infraestructura, con la defensa de principios como la soberanía y la integridad territorial. La transición es clara y potente: “ya no solo confiamos en la fuerza de nuestros valores, sino también en el valor de nuestra fuerza.”

Su propósito es crear una tercera vía con impacto. Al tejer una densa red de alianzas temáticas, los países intermedios pueden resistir la presión de los grandes bloques, mantener su autonomía estratégica y evitar ser piezas en el tablero de otros.

LA VÍA ESTADOUNIDENSE

“Make America Great Again”: El eslogan acuñado por Reagan, transformado por Trump y multiplicado por la resonancia de las redes sociales, invoca la nostalgia de alguna edad de oro y proclama “América First” que significa aislacionismo y proteccionismo. En Davos le imprimió un matiz importante: Estados Unidos Primero no significa Estados Unidos Solo. La base de su política exterior es el fortalecimiento económico interno, logrado a través de recortes de impuestos y una desregulación sin precedentes. Su poderío doméstico se presenta como un bien global bajo la premisa de que cuando Estados Unidos crece, también lo hace el mundo.

Su modelo abandona explícitamente el multilateralismo comercial en favor de acuerdos comerciales bilaterales mutuamente beneficiosos. La lógica es que el sistema multilateral ha permitido prácticas económicas injustas y que la única forma de restaurar la integridad es a través de la reciprocidad estricta a

través de un modelo simple: cada país debe negociar individualmente con un Estados Unidos fortalecido que dictará los términos.

Es, precisamente, el escenario que el modelo canadiense intenta evitar: una serie de negociaciones asimétricas donde las potencias medianas y pequeñas compiten entre sí por el favor del Hegemón, en lugar de unirse para establecer sus propios términos.

Estos dos modelos: la red colaborativa de la geometría variable y el centro hegemónico de negociaciones bilaterales no son complementarios; son antagónicos. Para un país como Chile, cuya prosperidad se ha basado en un sistema de reglas globales, esta divergencia presenta un dilema existencial sobre cómo y dónde posicionarse en el nuevo tablero mundial.

EL DILEMA DE CHILE

Las potencias debaten la arquitectura del nuevo orden en un Foro al que Chile ni siquiera envió una delegación oficial, error crítico pues se trata de una discusión sobre la supervivencia económica y la soberanía en la próxima década. La estructura abierta de nuestra economía exportadora de materias primas, dependiente de los mercados internacionales, la sitúa directamente en la línea de fuego de las nuevas tensiones geo-económicas. La ruptura del orden no es un riesgo lejano; es una amenaza inmediata, tangible y se expresa con fuerza en nuestra vulnerabilidad estructural, en un potente riesgo de marginalización y la duda por el dilema entre silencio y represalias.

Nuestra vulnerabilidad se incrementa de manera exponencial: La utilización instrumental como armas de las cadenas de suministro, las finanzas y las materias primas nos hace extremadamente susceptibles a shocks y presiones externas. Nuestra dependencia de los mercados de las grandes potencias para vender nuestros recursos y adquirir bienes críticos es, en este nuevo contexto, nuestro mayor punto débil.

Nuestro riesgo de marginalización se multiplica pues incluso la nueva “geometría variable” encierra el peligro, potenciado por la ausencia, que los nuevos clubes se formen sin nosotros. La creación de alianzas tecnológicas exclusivas o la creación de “clubes de compradores de minerales” no sólo podría dejar a países pequeños como el nuestro fuera de los círculos de decisión, actores irrelevantes, meros proveedores de recursos sin voz ni voto y, peor aún, volver a convertirnos en un objeto de disputa entre las potencias, como hace medio siglo.

No existe una decisión mejor: El llamado canadiense a “nombrar la realidad” y denunciar la coerción económica presenta un dilema agudo. Para una

nación que depende de la inversión y el acceso a los mercados de las mismas potencias que podría tener que denunciar, alzar la voz puede generar represalias inmediatas y las represalias son aumento de aranceles o inclusión en listas negras. El riesgo del silencio es la subordinación, pero el riesgo de hablar es el aislamiento.

Si bien el escenario es profundamente amenazante, la nueva realidad también tiene un efecto catalizador: obliga a abandonar la pasividad de las últimas décadas y la muy pobre presencia internacional del Gobierno que acaba. Como ya no es posible confiar en que las reglas del sistema nos protegerán es imperativo diseñar una estrategia de inserción internacional activa, deliberada y, sobre todo, inteligente.

HACIA UNA SOBERANÍA COLABORATIVA

Frente a este panorama de coerción y marginalización, la parálisis no es una opción. La única respuesta viable no es la resistencia pasiva, sino la construcción deliberada de un nuevo tipo de poder: la soberanía colaborativa, donde la autonomía se forja a través de alianzas estratégicas y no del aislamiento. La supervivencia y prosperidad de Chile en este nuevo orden no vendrán de la nostalgia por un mundo que ya no existe, ni de la alineación sumisa con uno de los polos de poder.

Debemos descartar de plano dos caminos, por ser una estrategia inviable. La autarquía es imposible para una economía de nuestro tamaño y estructura. A su vez, la alineación con solo una potencia hegemónica es peligrosa, ya que nos convertiría en peón en un juego de ajedrez ajeno, sacrificando nuestra flexibilidad y soberanía.

La alternativa no parece estar en la resistencia pasiva ni en la alineación automática, sino en un forma distinta de construir poder: la colaboración. Esto requiere acciones concretas y priorizadas.

- **Integración Regional Sólida:** Como paso fundamental y no negociable. Es la única forma de alcanzar la masa crítica necesaria en términos de mercado, recursos y poder de negociación para sentarse a la mesa global como un actor relevante y no como un suplicante.
- **Coaliciones de Vulnerabilidad Compartida:** Debemos unirnos activamente a otros países en desarrollo para colectivizar riesgos y negociar en bloque. Esto implica formar frentes comunes en foros como la OMC o la COP,

presentando agendas unificadas que defiendan intereses compartidos.

- **Alianzas Estratégicas con Potencias Medianas:** Chile debe posicionarse activamente como un socio estable y confiable para potencias como Canadá o la Unión Europea. Es posible ofrecer acceso a recursos estratégicos a cambio de inversión en infraestructura crítica (energía verde, puertos, conectividad digital) que construya nuestra propia resiliencia.

La metáfora de Havel "Quitar el letrero de la vitrina" es una conclusión plausible para un país como Chile. Quitar el letrero es el acto de dejar de vivir en una mentira, de abandonar la participación pasiva en un sistema que ya no nos protege. Significa dejar de pedir ayuda en el marco del viejo orden para empezar a ofrecer colaboración inteligente en el nuevo.

El desafío para transformarnos de un receptor pasivo de las reglas globales a un socio proactivo con una "oferta clara", promoviendo nuestros activos tangibles como gobernanza, estabilidad y recursos estratégicos, como una propuesta de valor para el mundo.

El cambio de paradigma de Receptor a Socio no es automático y en el escenario nacional actual es hasta dificultoso pues requiere un debate interno honesto y urgente sobre las decisiones estratégicas fundamentales para asegurar nuestro futuro en un entorno irreconocible, definiendo nuestro lugar en el mundo de las próximas décadas:

La pregunta, entonces, no es técnica sino política: ¿Está Chile preparado para priorizar la integración regional por sobre los beneficios de corto plazo de la negociación bilateral con grandes potencias? ¿está dispuesto?

¿Qué activos estratégicos (minerales críticos, potencial en energía verde, capital humano) puede promover Chile para presentarse como un socio indispensable en las nuevas coaliciones de «geometría variable»?

¿Posee la diplomacia chilena la agilidad y la capacidad de gestión de riesgos para navegar alianzas múltiples y temáticas, a veces con socios que tienen intereses contrapuestos en otras áreas?

En un entorno BANI (Brittle, Anxious, Nonlinear, o Frágil, Ansioso, No Lineal, Incomprensible) en los términos propuestos por Jamais Cascio, donde la "estabilidad" y la "gobernanza" son activos premium, ¿es la inversión en fortalecer nuestra democracia y el estado de derecho la política exterior más importante de todas? **d**

